

Buenos y malos usos de la identidad nacional en la Francia de Nicolas Sarkozy

FERNANDO CARVALLO*

Grecia cautiva a su fiero vencedor cautivó
y las artes llevó a la rústica Lacio.

HORACIO

Son enemigos míos, son los aborrecedores
de la sangre latina, son los Bárbaros.

Rubén DARÍO

Nicolas Sarkozy ganó las recientes elecciones presidenciales francesas articulando su discurso en torno a un tema inesperado: la identidad nacional. Mientras su rival de izquierda, Ségolène Royal, multiplicaba las clásicas promesas sobre la creación de empleo, la reducción de las desigualdades y la lucha contra la inseguridad, el ex ministro del Interior de Jacques Chirac convenció a los electores de la existencia de un marco institucional y mental en el que el Estado puede garantizar todas las protecciones: la nación. Para que la sensación de protección sea eficaz le era necesario elaborar una visión del mundo contemporáneo marcada por el espectro de la amenaza. Dos procesos políticos se ofrecían con naturalidad a su proyecto: la globalización y la inmigración. La primera amenazaría desde fuera a la nación francesa porque disuelve sus fronteras, limita el margen de sus decisiones públicas e impone el inglés como lengua de uso y de difusión cultural. La segunda porque conduciría a la formación de comunidades fragmentadas que derogan la memoria colectiva y vuelven ineficaz el modelo francés de integración. Su discurso logró tranquilizar a un sector importante del electorado que observa con inquietud la persistencia del desempleo masivo y la concentración de inmigrantes, mayoritariamente africanos y musulmanes, en los suburbios de las grandes ciudades.

El candidato conservador supo aprovechar con eficacia el arsenal interpretativo proporcionado por filósofos altamente mediatizados que le ofrecieron oportunamente una genealogía histórica de los males de Francia. Así, el desplome del sentimiento de pertenencia nacional habría sido preparado por las ideas que germinaron a partir de la revuelta estudiantil y social de mayo de 1968. La retórica voluntarista de Sarkozy llegó incluso a desplazar el contenido habitual del 'pensamiento único' para definirlo sintéticamente como 'mayo del 68'. Según él, la exaltación del derecho al placer, el desprecio del mérito individual, el resquebrajamiento del principio de autoridad y el relativismo han vuelto imposible que el Estado pida esfuerzos y que los ciudadanos consientan sacrificios. Retomando por momentos los temas de la extrema derecha, Sarkozy describió una Francia al borde del abismo, un pueblo obligado a soportar todas las humillaciones e incapaz de expresar sus dolencias. Algunos de los ataques más severos se refirieron a lo que denominó 'cultura del arrepentimiento' que, según él, consiste en que Francia asuma todas sus culpas, sin que los demás países se vean obligados a hacer lo mismo.

Desde 1995 dos grandes temas han focalizado las expresiones oficiales de arrepentimiento: la complicidad del Estado francés (1940-1944) con el genocidio de judíos y el pasado colonialista, racista y esclavista de las instituciones francesas. Chirac comenzó su mandato reconociendo que Francia «había cometido lo irreparable» al deportar a decenas de miles de judíos hacia campos alemanes y lo concluyó doce años más tarde con la inauguración de un monumento en homenaje a las víctimas del esclavismo en el Jardín del Luxemburgo. El día de su toma de funciones, Sarkozy rindió homenaje al joven resistente comunista, Guy Moquet, fusilado a los 17 años por un pelotón de nazis. Pero ha exigido que en el monumento de los resistentes asesinados por milicianos franceses (es el caso de su antecesor en la municipalidad de Neuilly, Georges Mandel) figure: «Ejecutado por los enemigos de Francia». En ese caso, parece desconocer la nacionalidad de los asesinos.

Enfrentado a las primeras críticas por manipular el fantasma de la inmigración y la xenofobia, Sarkozy radicalizó su discurso afirmando que crearía un ministerio de la Identidad Nacional. Desoyendo a quienes reprochaban al proyecto «acentos totalitarios» o semejanzas con el «ministerio iraní de la Virtud» y el «ministerio orwelliano de la Verdad», Francia dispone desde el 17 de mayo de un ministerio de «la inmigración, la integración, el codesarrollo y la identidad nacional». Aunque el flamante ministro Brice Hortefeux se limita por ahora a gestionar la política de visas y a supervisar la ayuda exterior, se espera que el gobierno defina objetivos y disipe malentendidos. Sus partidarios recuerdan que Sarkozy es el primer Jefe de Estado francés con tres abuelos extranjeros: dos húngaros y un judío de la ciudad griega de Salónica. Descendiente de inmigrantes, Sarkozy se ha definido como «un pequeño francés de sangre mezclada». Por eso mismo ha preconizado la formación de una «nueva derecha sin complejos». Durante la campaña de las elecciones legislativas, el primer ministro François Fillon ha elogiado las ideas de Sarkozy, afirmando que ellas «han permitido romper los tabúes que existían respecto de nuestra identidad nacional».

Sus primeros pasos en la escena internacional han estado dirigidos a superar la parálisis de la Unión Europea producida por la victoria del «No» en el referendo constitucional. Durante la Cumbre del Grupo de los 8 en Alemania, logró que Francia acoja una conferencia internacional sobre el drama humanitario de la región sudanesa de Darfur. Insistió también en la necesidad de cuantificar los objetivos en la lucha contra el calentamiento del planeta, pero guardó perfil bajo durante las discusiones sobre la ayuda a África. Por ahora lo más concreto ha sido su inesperada intervención para favorecer la liberación de la franco-colombiana Ingrid Betancourt, cuyo único fruto ha sido la excarcelación del llamado «canciller de las FARC», Rodrigo Granda. Sorpresa en Bogotá, silencio en París.

COMPLEJIDADES DE LA HISTORIA DE FRANCIA

Para explicar su visión de la historia de Francia, el nuevo presidente se ha referido a historiadores como Fernand Braudel y Max Gallo, quienes han exaltado una nación heredera tanto de la monarquía como de la revolución, capaz de hacer una «síntesis entre los castillos, las catedrales y las fábricas para reanudar con su vocación de aportar al mundo un mensaje universal». Menos fácil que la síntesis institucional resulta adoptar una posición sobre el encuentro (¿choque?) entre la herencia romana y el pueblo galo o definir el perfil de los monarcas merovingios y carolingios. El sitio arqueológico de Alesia, en Auvergne, recuerda una batalla que enfrentó a los últimos pueblos galos independientes con las tropas de Julio César. Cuando el sitio fue descubierto, se hizo la maqueta de un monumento a la memoria de los centuriones romanos. Décadas más tarde, los Imperios y la República cambiaron el sentido del proyecto para destinarlo a la gloria de Vercingetorix, el jefe galo derrotado en la batalla y ejecutado en Roma. A nadie parece habersele ocurrido que una batalla realizada hace más de dos mil años pueda simbolizar el nacimiento forzado de un nuevo pueblo mestizo.

El escritor Sainte-Beuve sostuvo en el siglo XIX que Francia nace con la lengua francesa, la misma que se expresó por primera vez en el Juramento de Estrasburgo (842). El documento fundacional consagró la existencia de dos reinos separados por el río Rin. Sin embargo, más de 90% de los niños

franceses siguen creyendo que el primer rey merovingio (Clodoveo, 466-511) y el emperador Carlomagno (742-814) hablaban francés y eran franceses. La Tercera República, proclamada después de la capitulación de Napoleón III ante el ejército prusiano, definió un nuevo patriotismo para hacer frente a la derrota y a la pérdida de las provincias de Alsacia y Lorena. Desde entonces el énfasis estuvo puesto en la identidad latina de Francia, lo que permitía afirmar la diferencia con la nueva nación alemana, unificada por Bismarck. La cultura francesa de fines del siglo XIX comienza a ser difundida de manera sistemática a través de la Alianza Francesa (fundada en 1883) y París, de facto, ejerce durante varias décadas como capital cultural del mundo. Rubén Darío fue capaz de emprender la revolución de la lengua española y la afirmación de la literatura latinoamericana gracias a su contacto con la poesía simbolista y parnasiana de Francia. Su generación y la del ensayista uruguayo José Enrique Rodó es la primera que forja una conciencia latinoamericana opuesta a la cultura anglosajona de Norteamérica. La guerra de Cuba en 1898 hizo el resto. Darío lo dijo a su manera a propósito de Theodore Roosevelt: «Eres el futuro invasor de la América ingenua que tiene sangre indígena». Ya por entonces, olvidada la catastrófica experiencia de la invasión a México, Francia promovía una alianza con los países latinoamericanos.

LA LATINIDAD EN CUESTIÓN

Después de la Segunda Guerra Mundial y la ola de descolonización, el Estado francés promovió la Organización Internacional de la Francofonía, compuesta actualmente por 55 países. París es también sede de la Unión Latina, fundada en 1954 con el objetivo de promover los valores de la latinidad y contribuir a la convergencia entre la Francofonía, la Organización de Estados Iberoamericanos y la Comunidad de Países de Lengua Portuguesa. Pero ¿cuáles son los valores de la latinidad? Un coloquio realizado en París en 2004 quiso responder a esa pregunta. Historiadores, escritores y actores políticos de Europa, América Latina y África intercambiaron reflexiones para establecer si la latinidad puede jugar un papel en nuestras actuales circunstancias. La contribución de Salomón Lerner Febres, inspirada en el poeta latino Horacio, aportó una posible respuesta: «La Europa latina es conciente, como lo fue la cultura romana, de que no es original en sentido estricto, sino tributaria de otras raíces, heredera de tesoros ajenos... Su romanidad le permite a Europa hacerse acaso oriental, americana, andina. Porque su cultura es por definición receptiva, interpretativa, hermenéutica. Esa es, precisamente, la mejor herencia de la Latinidad... Sobre ella podremos construir una humanidad global más humanitaria».